

desmayo; las filas están minadas por el comunismo; el último decreto de Retiros le parece mal, etcétera.

Quieren un gobierno republicano y de orden, contra los socialistas.

Opina Sol que tiene organizado algo. Contaban con el apoyo de Melquíades, y esperaban el de Lerroux. Los resultados del debate político, del que esperaban la crisis, los tiene exasperados contra Lerroux; le acusan de haberles *hecho una granujada*. Dice Sol que están un poco apabullados por eso. Parece que le han insinuado que contarían con él para formar parte del nuevo Gobierno.

Casares cree que Sol es tan vano y ambicioso que, *si le ponen un dedo, se pasará*.

El idiota de Burgos Mazo se ha vuelto a su tierra, desengañado porque no ha habido crisis, y diciendo que se hace tradicionalista. Había venido a Madrid «a ver lo que iba a pasar».

Hipólito Jiménez Coronado, que fue pasante de Melquíades, y quiso dar el golpe *clásico* cortejando, pero en vano, a una hija de su maestro, sigue siendo reformista, y en estos turbios asuntos de la conspiración, parece ser el edecán de don Melquíades. Posee el borrador del manifiesto que pensaban publicar los militares. Lo ha leído Manuel Aznar, el del *Sol*. La policía ha detenido a Hipólito *como por equivocación*, para tener ocasión de registrarlo y ver si llevaba sobre sí, como días pasados, el papel.

No le han encontrado nada. El sujeto ha dicho a los agentes: «Nos vigilan ustedes porque voy con Goded; pero *nosotros también les vigilamos a ustedes*».

Recuerdo que Goded me dijo un día que él siente *veneración* por don Melquíades y que nunca hará más que seguir sus consejos.

Cuando me disponía a marcharme de pasco con Cipriano, me avisaron de que el comandante Vidal, y el director de la Telefónica, Gumersindo Rico, querían hablarme con urgencia. (Vidal es el representante del ministerio de la Guerra en la Telefónica, y hombre de mi absoluta y personalísima confianza. Discreto, leal, bien educado, y de exquisita delicadeza en los sentimientos y en la conducta. Es sobrino del general Loriga, que está en la Escuela de Tiro, y casi toda su familia es monárquica, con la que está medio reñido, por ser él republicano.)

Rico es joven, buen mozo, recio, de una locuacidad asturiana inagotable. Procede de familia liberal, si, como creo, su padre era un registrador de Luarca amigo de los Pedregales.

Ignoro cómo y por dónde se ha encaramado Rico al puesto que ocupa. Quizá por sus relaciones políticas y crematísticas asturianas: debía de ser amigo de don Melquíades, que intervino en la constitución del monopolio, y el Banco Hispano Americano, donde predominan los asturianos, le habrá ayudado. Me ha dicho muchas veces Vidal que los capitostes de la Telefónica, y el propio Rico, a pesar de sus proclividades lerrouxistas, me están agrade-

*cidos, *porque nunca les he pedido dinero*, ni favores de ninguna clase, tales como credenciales para amigos, etcétera. (¿Tan raro es conducirse correctamente? Estaban habituados a otra cosa, y sospechan que ha de volver.)

Mi conversación con Rico y Vidal ha sido muy larga. Rico ha hecho abundantes protestas de lealtad al Gobierno y a mí y después me ha contado las conversaciones que ha oído por teléfono desde la *mesa* que tienen dispuesta. En suma: preparan un movimiento para la noche del domingo al lunes. No tienen esperanzas de triunfar en Madrid, pero creen contar con las guarniciones de Zaragoza, Sevilla y Valencia, que marcharían sobre Madrid. Aquí se apoderarían de la Telefónica, de Correos y Telégrafos y del ministerio de la Guerra. No quieren sublevarse contra la República, sino contra el Parlamento y el Gobierno. El general retirado Coronel y el comandante Jareño parecen ser de los principales directores. Comentan entre sí los conspiradores algunas supuestas afirmaciones mías acerca de los militares retirados. Me enteró de otros detalles que coinciden con lo que sabemos por Vicente Sol.

Reminiscencia significativa: dicen los conspiradores que si para contener su movimiento desencadenásemos una huelga general, «con fusilar a media docena, bastaba». ¿Por qué han pensado en la eventualidad de una huelga? No hace mucho, en los días que precedieron al relevo de Goded, cuando el general hacía muchos aspavientos por el predominio socialista y se lamentaba del paro total ocurrido el 1.º de mayo, yo le dije: «Pues ya ve usted: no hacen más que abstenerse; piense usted lo que sería esa masa de hombres, si en vez de limitarse a una huelga pacífica de veinticuatro horas, la lanzásemos violentamente contra quienes pretendan agredir a la República».

Es permitido sospechar que esta observación, entendida como un propósito, haya llegado a los del complot a través de Goded.

Terminada la conversación con Rico, he venido al ministerio. Llamo al subsecretario y le doy instrucciones para el general Sánchez Ocaña, que manda en Zaragoza. No le digo al subsecretario todo lo que se avecina, pero está muy asustado. Escribo una carta reservada, con instrucciones para el general Batet, y otra para el comandante Sandino, que manda la escuadra de aviación de Barcelona. Ambas cartas las llevará el capitán Tourné, que sale ahora en un coche. He llamado también a Ruiz Trillo, para que se vaya mañana a Sevilla. Y envío a Cádiz al comandante retirado Muñoz, diputado radical-socialista, con instrucciones para el general Mena. Dice Muñoz que todo esto es un movimiento dirigido contra mí personalmente.

Llamo al director general de Seguridad, y adoptamos para Madrid las disposiciones convenientes. Mañana se distribuyen ametralladoras y fusiles-ametralladores a los guardias de asalto. Saravia cree que no pasará nada. Menéndez dice lo mismo. Quizás opinen así delante de mí, creyendo que me quitan preocupaciones. Yo creo que, un día u otro, el grano va a reventar, y

* Esta es la primera página de este primer cuaderno; las tres anteriores estaban editadas en *Memorias políticas y de guerra*, vol. I. (N. del e.)

do aquí hasta las seis, y bien impuesto del asunto, se lleva unos papeles para seguir estudiándolo en sus detalles.

A continuación, despacho con el jefe del Estado Mayor Central, que me trae un cargamento de asuntos. Y después, el fiscal, a quien tenía que dar unos encargos.

He dejado disponible a otro teniente coronel del Estado Mayor Central, Galarza, íntimo de Sanjurjo y de Goded, y que fue, hasta el advenimiento de la República, uno de los grandes mangoneadores del ministerio. Galarza es muy inteligente, capaz y servicial. Escurridizo y obediente. Pero decididamente está del otro lado. En la causa no aparecerá nada contra él. Sin embargo, es de los más peligrosos.

También he echado del ministerio al teniente coronel Tudela, que estaba al frente del Primer Negociado.

He dictado después muchas cartas, y he despachado todos los asuntos que tenía pendiente en mi secretaría de la Presidencia.

Y por si era poco, a última hora ha vuelto el subsecretario, con otras cosas, y al final, Saravia. Estoy mareado.

El astuto Bergamín ha hecho ayer al *Sol* unas declaraciones perversas y resonantes: dice que Lerroux «sabe perfectamente» que el movimiento no era monárquico. Esto puede dar juego, si se comprueba con la declaración de Matres.

La impresión que le ha causado a don José Ortega el fracaso de Sanjurjo es «que aquí no se sabe organizar nada».

Más anécdotas:

No he anotado que la otra noche, sería la una y media, al volver de paseo, me encontré en el despacho de Saravia a Gumersindo Rico, director de la Telefónica, y al comandante Vidal, aguardándome.

Creí que, a tales horas, vendrían a hablar de algo importante. Pero, no. No me habían visto desde hacía algunos días, vinieron a saludarme, y al saber que estaba de paseo, decidieron esperarme. Hablamos un poco de todo, y una vez más, de la noche del 10.

Rico nos prestó buenos servicios, contándonos todo lo que oía por teléfono y estableciendo vigilancia en algunos circuitos. Desde la Telefónica nos avisaban de la inminencia del golpe. Ejemplo:

En la noche del 9 al 10, a eso de las doce, oyeron en la Telefónica una llamada de Sevilla al Café Europeo, donde sabíamos que se reunían algunos conspiradores. El que llamaba preguntó por «Manolo». La conversación pareció sospechosa. Terminada, Rico llamó desde la Telefónica al mismo café, preguntando también por «Manolo». Acudió un sujeto, y le dijeron de la Central: «Al habla con Sevilla».

—¿Qué hay? —preguntó «Manolo».

Y el supuesto interlocutor de Sevilla le dijo:

—Aquí todo es nuestro. ¿Y ahí?

—Muy bien —repuso «Manolo»—. Dentro de unos momentos vamos a empezar.

La temeridad del director de Seguridad, saliendo él mismo a la calle a mandar los guardias de asalto, se debió a que no estaba seguro del efecto que les haría el encontrarse frente a fuerzas del ejército. Resultó bien, y dispararon. Pero pudo fallar.

En el edificio de la Telefónica habíamos puesto setenta guardias de asalto, con un capitán. Y éste, al pedir instrucciones a Vidal, que mandaba allí en nombre del Gobierno, como oyese que la consigna era hacer fuego sobre quien pretendiera entrar en la casa, preguntó:

—¿Y si es un general?

—Aunque sea un general.

—¿Y si son fuerzas del ejército?

—También. Sólo pueden entrar aquí el ministro de la Guerra y el director de Seguridad, pero haciéndoles antes retroceder diez pasos, hasta que se les identifique.

3 de septiembre

Anoche tardé mucho en dormirme, y cuando esta mañana me han despertado, estaba quebrantadísimo. Los días que estoy bajo de tono, y débil físicamente, me preocupo más y se me agigantan las dificultades, por lo menos en la aprensión. Hoy es uno de esos días.

A las once he ido al Senado para presidir la inauguración de la Conferencia Internacional de Telegrafía y Radiotelegrafía. Mucha gente. Lo pintoresco, a cargo de turcos y negros. Hago el discurso de rúbrica. Contesta un anciano francés, que trae unas barbas blancas hasta la cintura y una melena proporcionada a las barbas. Debe de ser Merlín, «aquel que tuvo por su padre al diablo». La sesión terminó pronto. Rápida visita a los locales de la Conferencia, instalados en lo que queda del antiguo ministerio de Marina.

Vuelvo al ministerio y, después de despachar con el subsecretario, recibo a Pastor, jefe de Aviación, que viene a hablarme de la depuración del personal.

Se ha reunido una junta para hacer listas de los que deben salir del servicio por desafectos al régimen y evitar situaciones como la de la mañana del 10 de agosto en la base de Sevilla. A los señores que componen esa junta se les ha ocurrido llamar, sin mi autorización, al comandante Franco, para que los asesore. La primera noticia de esto la tuve por el mismo Franco, que se me acercó al banco azul para decirme *que ya habían terminado el trabajo* y que deseaba hablarme. No disimulé mi disgusto ni se lo he ocultado a

ciaron las gestiones para la reaparición, dijo Luca de Tena, y se lo repitió a Guzmán, que si no lo hubieran suspendido el diez de agosto, habría publicado al día siguiente un artículo condenando lo hecho por Sanjurjo. También le dijo a Guzmán que tenía preparado un artículo elogioso para mi discurso de Santander, en la parte de política internacional, diciendo que nunca se habían tratado en España de esa manera tales cuestiones.

Finalmente, hace dos días, Juan Ignacio Luca de Tena fue a visitar al doctor Marañón y le pidió que le preparase una entrevista conmigo. El recado me lo trajo Zulueta. Contesté que no conociendo yo ni de vista a Luca de Tena, y no teniendo por qué recibirlo en secreto, en cuanto se supiera que me visitaba se daría a eso un valor político, y cuando, tarde o temprano reapareciese el periódico, a nadie se le podría hacer creer que no habíamos pactado algo. Y yo tenía el propósito de, cuando reapareciese el *ABC*, que fuera sin cláusula alguna. Otro, en mi caso, no se habría privado del gusto de hacer venir a Luca de Tena a «degollar la ternera». Pero a mí eso no me gusta.

El fin que perseguía Luca de Tena con visitarme era —según dijo a Marañón— sincerarse conmigo de las imputaciones que se le han hecho respecto de su participación en un complot para asesinarme. «Yo soy monárquico y enemigo de la República, pero soy persona decente», le ha dicho a Marañón (también una cosa y otra me tienen sin cuidado).

Lo más chistoso de toda esta historia es que Maura ha llevado muy a mal la reaparición del *ABC*. En los pasillos del Congreso les ha dicho a Doménchina, a Cacho y a Serrano Batanero, que esa medida es «una torpeza del Gobierno», porque el *ABC* estaba para claudicar, por sus muchas pérdidas, y habría cambiado de empresa y de política. Si me hubiera tropezado esta tarde con Maura, le habría preguntado por qué no presentaba una proposición de censura contra el Gobierno, si hemos cometido una torpeza. Este Maura es el mismo que vota contra el Gobierno cuando en el salón de sesiones se discuten estas medidas tomadas por nosotros.

A primera hora de la tarde ha venido Guzmán, que me cuenta cosas de los periódicos. Aznar quiere ser embajador, precisamente en Cuba, cosa que estimo imposible.

En las Cortes, llamo a Sánchez Covisa, presidente de la comisión que ha de dictaminar en lo de la Telefónica. Le entero de lo que pasa con los Estados Unidos y le doy algunas instrucciones para ver cómo está la comisión y si se puede esperar que proceda con tino y prudencia. Sánchez Covisa comprende la gravedad de la situación y se pone a disposición del Gobierno.

Recibo una comisión de canónigos que vienen a pedir piedad en lo de la supresión de haberes.

Hablo con el Presidente de la comisión de Guerra, que aún no ha dictaminado el proyecto fijando las fuerzas militares para el año próximo. El retraso se debe a manejos de Mariano Rojo, socialista, y cuñado de Saborit, que pretende no ser *militarista*; como si yo lo fuese. El otro día informé ante

30 de noviembre

Mañana de audiencia militar. El comandante Ponce, del Taller de Precisión de Artillería, viene a hablarme de aparatos de óptica militar. No se hace nada en España. Ponce ha trabajado en fábricas extranjeras y ahora en el Taller de Precisión quiere montar una producción para el ejército. Me propongo ayudarle. Una comisión del regimiento 32, con el coronel, que me trae un relieve del campo de maniobras. Departimos, les digo algunas cosas respecto del ejército nuevo; están muy contentos y con buen espíritu. Otras gentes.

También han venido el bruto de Busquets y Sacristán, para hablar contra la Papelera en el conflicto del papel.

Y Ruiz de Alda, sobre el Catastro fotográfico.

Zulueta viene a contarme las últimas impresiones sobre el asunto de la Telefónica. Ayer tarde, el ministro consejero de la embajada de los Estados Unidos fue llamado al ministerio de Estado. El subsecretario, por encargo del ministro, le dijo que la demora en la respuesta no era descortesía ni falta de interés, sino al contrario, resultaba de la propia importancia del caso y de la necesidad de estudiarlo a fondo. Pareció quedar satisfecho, y dijo que lo transmitiría a su Gobierno. Pero hoy por la mañana ha vuelto al ministerio, y ha dicho que después de hablar con su embajador, había desistido de comunicar aquella conversación al Gobierno de los Estados Unidos; porque ellos ya han dicho todo lo que tenían que decir en su nota, y no les queda sino aguardar la respuesta. De modo que están lo peor posible. De su disposición es muestra lo que soltó ayer el ministro-consejero al subsecretario de Estado: que tenía el propósito de hacer un viaje por España, pero que ahora ya no podría, porque un encargado de negocios no puede moverse de Madrid. Quiso significar que el embajador está a punto de retirarse.

He llamado a Aurelio Lerroux, sobrino de don Alejandro, y delegado del Gobierno en la Telefónica, para que le diga a su tío que deseo hablar con él esta tarde. Le recibiré en mi despacho del Congreso, y aunque la entrevista originará comentarios y será difícil ocultar su objeto, prefiero eso a vernos en secreto, como la otra vez. Le digo que el pretexto aparente para los periodistas pudiera ser el de ir Lerroux a dar gracias como presidente de la Asociación de la Prensa, por la reaparición de los periódicos suspendidos.

También ha venido el comandante Vidal, delegado del ministerio de la Guerra en la Telefónica. Me cuenta una cosa que me deja maravillado, si es que puede uno maravillarse de algo. En el Consejo de ayer se habló de la posibilidad de un arbitraje, para resolver la cuestión con los Estados Unidos. Pues bien: ya lo saben en la Telefónica; y dicen los yanquis que aceptarían un arbitraje para decidir sobre la legalidad del contrato, aunque no para decidir si el asunto es de orden interior de España.

Por la tarde, en las Cortes, ha venido Lerroux a mi despacho. Le cuento de pe a pa todo cuanto sucede. Se pone pálido. Le hago saber que el Gobier-

no y el Presidente de la República conocen el paso que doy. Lerroux, en el curso de mi relato, me ha interrumpido una vez, para decirme, a propósito de las represalias comerciales de Norteamérica: «Y entonces nos chillarán nuestros exportadores». En resumen, su disposición es de absoluta conformidad con lo que el Gobierno proponga. Necesitará hablar con algunos de sus amigos políticos (especialmente Martínez Barrio y Guerra del Río). Comentando las dificultades que ha creado la presentación del proyecto de ley por Martínez Barrio (presentación que hizo Martínez Barrio pocos días antes de dejar de ser ministro, porque le iba en ello su honor) Lerroux me revela que, para redactar el proyecto y presentarlo, don Diego no le consultó. Y añade que quien manejaba el ministerio de Comunicaciones era el Sindicato de Telégrafos. Quedamos en que mañana me dará una respuesta definitiva.

Voy al salón de sesiones, donde está Prieto pronunciando un discurso sobre la totalidad del presupuesto de Obras Públicas. Habla casi dos horas. Prieto es muy lento en el desarrollo del discurso, aunque dice muchas palabras por minuto, porque se preocupa de ser correcto, y de hablar por muy «rodeada manera», como dice Cervantes, y de acabar bien los párrafos, y su dominio del idioma es corto y no tiene vocabulario, ni, mucho menos, un vocabulario preciso. Emplea el vocabulario de los periódicos. Y cuando quiere ser elegante dice «al socaire», empleándolo casi siempre mal. Prieto está muy entusiasmado con las obras de riego, pero dice Ramos que el plan de obras que va en el presupuesto está sin estudiar. Le han aplaudido casi todos los diputados, sin exceptuar a los radicales.

He salido un momento al pasillo y al encontrarme con Maura, le cito para el ministerio de la Guerra a las ocho y media. Ha sido un recado brevísimo, el tiempo de decir las palabras precisas. Maura ha ido inmediatamente a hablar con Alba, Ossorio y Sánchez Román, supongo que a conocer su opinión y a contarles lo de la cita cuyo objeto conocía.

Todavía tengo que recibir varias comisiones y visitas, y vengo al ministerio con Ramos. A su hora ha llegado Maura. Le explico la tramitación del asunto, desde el día que recibí la carta del embajador. Maura sabe de esto —lo advierto en seguida— tanto como yo, si no más. Él es quien dio a la Telefónica un papel escrito con los términos de lo que a su juicio pudiera ser solución del asunto, solución que me comunicó a mí de palabra en el Congreso. Maura me dice que en este asunto no puede haber otra solución que la que proponga el Gobierno, y él la apoyará en el Congreso. Insiste en lo que me propuso: que el Gobierno se adelante a dictar un decreto denunciando el contrato con la Telefónica y sometiéndolo a revisión, para llevarlo después a las Cortes. Le arguyo que eso tiene muchos inconvenientes, entre otros el de prescindir de las Cortes, donde está pendiente un proyecto de ley; la publicación del decreto provocaría una discusión difícil para el Gobierno, y no menos peligrosa que la discusión misma de la ley que pudiera llevarse con el texto del decreto que él aconseja. Discutimos largamente, y se ofrece a explorar el ánimo de la Compañía, hablando con Rico y Rock. Le

digo que hable, pero no como de parte del Gobierno, y sin dar seguridades de que se aceptaría por nosotros la fórmula que él propone. Hemos hablado mucho, y entre otras cosas me ha hecho una defensa de la Telefónica, y de la conveniencia de dejarnos «fecundar» por el capital extranjero. «Los yankis —dice— no iban a venir a trabajar en España para ganar un seis por ciento.» Poco le ha faltado para decirme que el contrato es bueno; no lo ha dicho, es verdad; le parecen mal las cláusulas más escandalosas.

También hemos hablado de política. Me ha rogado que no dé crédito a los chismes que andan por ahí, y según los cuales me maltrata en los mítines. «Yo siempre dejo a salvo lo que usted vale y lo que representa; pero si he de dirigir en política la derecha republicana, y he de ser lo contrario de lo que usted significa, fuerza es que combata su política con energía, primero por convencimiento, y segundo, porque he de dibujar una figura con aristas bien marcadas.» Le contesto que no se preocupe de habladurías, y que tengo sobrado mundo para no hacer caso de lo que digan de mí. Estima que debo permanecer en el Gobierno unos cuantos años, prescindiendo de los socialistas, y disolviendo cuanto antes las Constituyentes; en las próximas Cortes, su partido tendrá sesenta o setenta diputados. Que debo presidir unas elecciones puras, y si soy justo e imparcial, toda la nación me aceptará. Le sorprende, y a muchos adeptos del conservadurismo, que teniendo yo el concepto que tengo del mando y de la autoridad, deje que reine la licencia en Extremadura, etcétera; que el Gobierno no es tal, sino un comité revolucionario, que está pendiente de los grupos parlamentarios; la Federación de izquierdas le parece bien, como propósito, pero se indigna de que Galarza, Gordón y otros estén mangoncando la dirección de la Federación, para disputarse los cargos y la presidencia (aquí, Maura desata su aversión a las personas). Otras cosas me ha dicho, por este orden. En lo de la Telefónica, al mostrarse de acuerdo conmigo en que no debe ser cuestión de partido, y en que se debe procurar no envenenarla, me ha dicho que teme que alguien pretenda envenenarla soliviantando a la Telefónica, y cree que quien hace eso es Alba. «Esto se lo digo en reserva, y de usted para mí nada más, porque no tengo pruebas, y no quiero cargar con la responsabilidad de una acusación así.»

Después de cenar hemos ido al Calderón, a ver unos coros «cántabros». Deben de ser los que se sublevaron contra Augusto. Al palco han venido Miguel Salvador y Óscar Esplá, que está poniendo solfa a *La Corona*, en la versión que para eso ha hecho Cipriano.

1 de diciembre

Día de audiencia en la Presidencia. El diputado Artigas, con pleitos locales. Comisiones y más comisiones. Y una más importante: se ha reunido la Comisión de Traspaso de Servicios a la Generalidad, para constituirse. He presidido un rato, y luego los he dejado continuar solos.

Recibo a cuatro diputados nacionalistas vascos: Aguirre, Leizaola, Basterrechea y otro muy feo, que no sé cómo se llama, que me hablan de la política de su país. Estaban muy contentos de los gobernadores que les ha enviado la República; pero el que hay ahora en Bilbao los persigue en beneficio de los socialistas y de la UGT. Resurgen con eso los extremos separatistas. Están muy de acuerdo con mi criterio en lo de las autonomías. Lo que estos hombres me dicen coincide con lo que afirma Casares, y es que el gobernador de Bilbao sigue la táctica que le aconseja Prieto, cuya aversión a los nacionalistas es conocida.

Aguirre me cuenta que el año pasado el partido nacionalista fue requerido por los conspiradores monárquicos para ayudarles, entre otros por el general Orgaz (de ahí vino el que lo confinase yo en Comarcas); pero ellos se negaron, porque no les daban garantías para sus aspiraciones.

A las dos y media puedo salir, para comer con las Sociedades Económicas de Amigos del País (una cosa vieja, inservible y algo bufa), de que soy miembro honorario.

A las cuatro y media, Maura viene a verme al ministerio. Esta mañana, en su casa, conversación con Rico, Rock y el ministro consejero de la embajada de los Estados Unidos. Tres horas han estado discutiendo. El ministro consejero se oponía a que el Gobierno ni las Cortes tomen ninguna medida para la caducidad, denuncia y revisión. Me asegura Maura que el Gobierno de Washington ha prohibido a la Compañía Telefónica que trate sola con el Gobierno español. Que los ministros americanos están muy soliviantados y nerviosos. Que no está menos impertinente el embajador; que están irritados por la tardanza en contestar a la nota (Maura me dijo anoche que la tardanza le parecía un error) y por las cosas que se han dicho en las Cortes. Que Rock ha hablado directamente con el Gobierno de Washington (luego ha dicho que mediante Proctor) y que aceptan lo que Maura llamaba su solución, pero eliminando la palabra *denuncia*; etcétera. Quedamos en que más tarde me comunicará las últimas noticias que reciba, acerca de la disposición del Gobierno americano. Esta conversación, a medida que ha pasado tiempo, me ha hecho peor impresión: parece que Maura quiere envolverme y manejarme, y la defensa que anoche hizo de la *ocupación* de España por el capital extranjero vuelve a mi memoria.

En las Cortes, Lerroux viene al despacho a decirme su respuesta: ha hablado únicamente con Martínez Barrio (el partido radical es muy democrático), y no pondrá ninguna dificultad a cualquier solución que apunte el Gobierno, siempre que no sea ni se pida que parta de una iniciativa del partido radical. Poco más hemos hablado. Él se va a Barcelona mañana por la noche, y antes le diré yo lo que resulte del Consejo.

Esta respuesta que me iba a dar Lerroux la conocía ya Maura esta tarde, cuando me ha visitado, y el propio Maura me la ha dicho. ¿Por qué lo sabía? ¿Se han visto Lerroux y Maura? Estas gentes están en comunicación, ¿hasta qué punto? Hay aquí un abismo temeroso. ¿Todo lo guisan en común?

Maura es tan discreto, que anoche, al salir del ministerio, les contó a los periodistas para qué había venido.

(Por su parte Emilio Herrero, jefe del gabinete de prensa del Presidente de la República, anda diciendo por ahí que hay una nota de protesta de los Estados Unidos.)

De las Cortes, oídas unas cuantas estupideces, he salido con Casares, y ha estado conmigo en el ministerio de la Guerra hasta las nueve. Hemos llamado al director de Seguridad. Hablamos de lo que se sabe del complot. Se habla ya de fechas. Menéndez quiere meter en el ministerio una compañía de guardias de asalto.

Luego ha venido Ramos. Hemos bromeado un poco acerca de nuestro cansancio y de mi propio e incurable hastío.

Cuando estoy cenando, Maura me llama por teléfono y me comunica que las últimas noticias de Washington son que el Gobierno no aceptaría que se declarase *denunciado* el contrato.

Después, ya cerca de las once, voy a casa del Presidente de la República. Le informo del estado del asunto y de los varios caminos que se me ofrecen: acción del Gobierno mediante un decreto o llevar a la comisión parlamentaria la conclusión posible, para convertirla en ley. Le digo a don Niceto los inconvenientes de lo primero, y los escrúpulos que me produce. Lo aprueba. Convenimos en que lo mejor es negociar, y el resultado a que se llegue en la negociación para revisar el contrato, llevarlo al Parlamento.

Hoy estaba el Presidente deseoso de darme muestras de confianza. Cuando hablábamos del primer medio, o sea de dar el Gobierno un decreto zanjando la cuestión, me dijo: si usted me lo trae se lo firmo, pero creo que el mejor camino es el otro.

Después me ha dicho: creo que le critican a usted porque plantea la cuestión de confianza en las Cortes con alguna frecuencia... Plantee usted más. Esc es el régimen, y el único medio de encauzar a la mayoría, y que cada cual cargue con su responsabilidad.

Hablamos del orden público. Me cuenta que por un azar ha llegado a su noticia que la fecha señalada es el lunes, día cinco.

He vuelto pronto al ministerio. Estaba Cipriano, que se fue luego al Español. Nos hemos divertido mucho leyendo un artículo de Manolito Bueno en el *ABC* en el cual, no muy encubiertamente, se me compara con Robespierre, y a Cipriano con Saint-Just. (Claro que no me llama Robespierre, sino caricatura grotesca de él.) ¡Qué cosas! ¡Todo eso por cincuenta céntimos!

Ya tarde, ha venido Guzmán. Me trae noticia de los rumores que corren. Esta tarde los pasillos del Congreso eran un hervidero de absurdidades.

Guzmán me dice que Manuel Aznar, director del *Sol*, querría ser gobernador general de Guinea. La noticia me produce extrañeza, y el nombramiento sería desatinado. Aznar quería una embajada. Indirectamente, Zulueta le ha ofrecido la legación en Río de Janeiro; pero Aznar no la ha aceptado.

2 de diciembre

Cuando salgo de mis habitaciones, ya estaban todos los ministros, menos Domingo, reunidos. Hemos dedicado el Consejo a la cuestión planteada por los Estados Unidos. He referido mis entrevistas con Lerroux y Maura. Se han recapitulado los hechos ocurridos estos días y he invitado a los ministros —después de leer la carta del embajador, el apunte que me dejó en su segunda visita y la nota— a que expusieran su opinión. El primero que ha hablado ha sido Prieto. Contra lo que pudiera creerse, Prieto se ha mostrado favorable a transigir, aceptando que se negocie la revisión del contrato con la Telefónica. Califica duramente la conducta del Gobierno norteamericano, pero no cree posible afrontar una ruptura. Fernando de los Ríos viene a decir lo mismo en substancia, insistiendo mucho en que tales son los métodos de la política de los yanquis. Carner ha examinado la cuestión jurídicamente, probando con facilidad cuán fuerte sería nuestra posición, si hubiéramos de ventilar el caso como un pleito; acepta que se negocie, procurando sacar las mayores ventajas posibles en la revisión. Domingo se ha limitado a decir que estaba conforme con Prieto, porque no hay opción. Zulueta, partidario de negociar la revisión del contrato, ha hecho algunas salvedades respecto de lo que hoy es la extensión e invulnerabilidad de lo que se llama soberanía de los Estados, sometida a tantas limitaciones por el entrelazamiento de los intereses de unos pueblos a otros. Giral, conforme. Albornoz ha ofrecido alguna resistencia, estimando que la nota americana es brutal, y atropella la dignidad de España; parecía opinar que se rechazase la reclamación de los yanquis. «Entonces —le he preguntado— ¿usted vota porque se vaya a la ruptura?» No ha contestado resueltamente, y no ha hecho sino balbucir palabras dudosas. Casares era el más opuesto a aceptar la negociación y el acuerdo para revisar el contrato. Cree que en la revisión nos estrellaremos, o tendremos que aceptar entonces las pretensiones de los yanquis o ir al rompimiento, con todas sus consecuencias, que ahora pretendemos evitar.

A Fernando se le ocurrió decir que, pues se estaba consultando a los jefes de grupo de la oposición, debería hablarse a los comités de los grupos de la mayoría, para saber qué les parecía el asunto. Me opuse. La conversación con los jefes de grupo de oposición tiene un valor informativo. No puedo admitir que la decisión del Gobierno esté pendiente de la opinión de unos y otros. No somos un comité, sino Gobierno, y tenemos el derecho y el deber de resolver nosotros y aceptar la responsabilidad. Fernando recogió velas, y dijo que se trataba solamente de informarles de la situación. A eso no me opuse. Albornoz pareció también querer consultar a los grupos; lo estimaba indispensable. Después de mi respuesta a Fernando, no insistió.

Añadí que, en su función propia, el Gobierno debía esforzarse en llegar a un acuerdo sobre la respuesta a la nota del embajador; pero que si no llegábamos, no tenía otra cosa que hacer sino llevarle al Presidente de la República la dimisión.

A última hora le pido a Zulueta una copia de nuestra nota a los Estados Unidos para llevársela al Presidente de la República. Recibo el papel ya cerca de las ocho, y voy a casa de don Niceto. Cuando llego, me dice el Presidente que acaba de telefonearle Zulueta preguntando si había yo llegado, y que hay cosas nuevas, el Presidente le respondió que aguardaría a que llegase yo para decidir si Zulueta debía ir o no a conferenciar con nosotros dos. Así lo decidimos, en cuanto llego, y mientras viene Zulueta le leo al Presidente nuestra respuesta, dejándole copia. El Presidente opina que está bien, y que no podía hacerse otra cosa.

Me cuenta el Presidente que Marcelino le ha visitado esta mañana para darle las gracias por el regalo que le hizo con motivo de su boda, y le ha referido lo hecho por Albornoz, convocando a su partido para hablarle de la nota de los Estados Unidos en los términos que ya he apuntado. El Presidente comenta el modo de ser de Albornoz, buena persona, pero desidioso. Recuerda el día que fue, siendo Presidente del Consejo, a visitar a Albornoz en Fomento, para enterarse por encargo del Consejo de ministros de lo que Albornoz había hecho en el asunto de los ferrocarriles.

Llega Zulueta. Ha tenido respuesta del embajador de los Estados Unidos. Es una carta bastante fría, acusando recibo de nuestra nota, la cual va a transmitir a su Gobierno, y mientras no reciba instrucciones, su actitud «sigue siendo la misma». Zulueta está mal impresionado. Y pregunta qué se hace. Ha pensado hablar con nuestro embajador en Washington, y lo tiene llamado al teléfono. Como son cerca de las nueve, todavía en Washington es hora de que el embajador vea al secretario de Estado. Se trata de darle instrucciones para que explique amistosamente el contenido de nuestra respuesta, porque el embajador yanki en Madrid, además de torpe, es *monárquico* (!), católico, y nos mira con antipatía y prevención; por lo cual es probable que no haga nada para facilitar la solución. Zulueta propone que por nuestro embajador se haga notar al gobierno de Washington que no se ha producido ningún hecho nuevo, desde la presentación del proyecto de ley, que justifique las alarmas de aquel gobierno; y que el de España está actuando para proceder a una revisión del contrato, sin propósitos de confiscación, que es en el fondo lo que piden; y que hemos de contar con el Parlamento y la opinión pública. Pensaba Zulueta que esto se telegrafíase en cifra al embajador, pero, además de exigir más tiempo y acarrear una tardanza (mañana es domingo), que pudiera sernos perjudicial, el telegrama es demasiado escueto y constituiría un documento innecesario; hacen preferible una conversación telefónica. La conversación telefónica la oirá la Compañía y la tomará taquigráficamente. Pero lo que vamos a decir al Gobierno americano, dice Zulueta, no hay inconveniente en que lo sepa también la Compañía. Hay un punto que Zulueta no sabe dónde poner, si en el telegrama o en la conferencia telefónica; es aquel en que se diga que con la revisión, aprobada después por las Cortes, la Compañía tendrá una situación legal que hoy no tiene, y por lo tanto le conviene facilitar la solución.

Zulueta está un poco apurado, y sobrecogido. Examinamos muchas veces lo que se puede decir en una u otra forma. Yo le digo que escriba primero lo que vaya a comunicar por teléfono al embajador de España. Por fin resolvemos que hable ahora mismo por teléfono con Washington y que el embajador haga la gestión amistosa que hemos dicho, y le anuncie el telegrama; después, que telegrafe, con puntos numerados y separados; y después puede hablar de nuevo por teléfono, refiriéndose a los puntos del telegrama, y así le entenderá el embajador, sin necesidad de hablar tan claro, que se entere de todo la Compañía.

Zulueta me acompaña hasta el ministerio, y ya no salgo.

4 de diciembre

Me he despertado tarde. He estado por la mañana en el despacho. Por la tarde viene mi sobrino Gregorio, y con Cipriano y Lola, vamos a La Quinta del Pardo. ¡Aún no han terminado las obras, comenzadas en julio! Me paseo por el monte, hasta el anochecer. Después, en el ministerio, solo. Me entrego a estudiar expedientes: las fortificaciones y los cuarteles de Cádiz; una adjudicación de obras de Aviación; unas diligencias de Zaragoza... En estas llega el comandante Vidal, delegado del ministerio en la Telefónica. Está muy impresionado por lo que le ha dicho Rico (el cual Rico me manda a decir que *si yo quiero* dimitirá el cargo de director de la Compañía); parece ser que mañana el secretario de Estado de Washington dará una nota a la prensa en extremo brutal, diciendo que le tiene sin cuidado lo que las Cortes y el Gobierno español acuerden, etcétera. La respuesta del Gobierno ha sentado muy mal. ¿Qué esperarían? Se juntan aquí, además de la política del dólar, la torpeza de los representantes americanos. No entienden las palabras. En uno de los últimos consejos de la Telefónica se armó una gresca porque el comandante Vidal empleó la palabra *inminente*, y ellos la entendieron como *eminente*. A los periodistas que el otro día me hablaban de una nota italiana, de tres notas de los Estados Unidos, y de una movilización, les contesté: ésas son notas «artificiales». Pues también esto, leído en los periódicos lo han entendido mal.

El mister Rock, que ha reemplazado a Proctor, es más razonable y transigente; el otro día el ministro consejero de la embajada le soltó una rociada hablando despectivamente del Gobierno, etcétera. Rock le dijo: «Bueno, bueno; yo no soy el Gobierno. Eso no me lo diga usted a mí». (Cree Vidal que Proctor debía de estar en cierto modo comprometido en lo del diez de agosto.)

Pregunto a Zulueta por teléfono. No tiene noticia de nada. Me dice Vidal que a Zulueta le tienen los americanos por un pobre hombre. A mí me conceden mayor rango, pero dicen que, o por informarme mal el ministerio de Estado, o porque estoy rodeado de aduladores (¿quiénes serán?), no me he dado cuenta de la magnitud del conflicto. «No es la Telefónica: es el propio

Gobierno americano el que toma la ofensiva.» Tal dicen sus diplomáticos. El artículo de Sánchez Román en *El Sol* de ayer les ha sentado peor. «Todo es muy jurídico; valdrá para la academia de jurisprudencia; pero el Gobierno americano no lo toma en cuenta.»

Como en Estado no saben nada y se duermen, me decido a interponer mi acción personal. Le doy instrucciones a Vidal, que se las aprende de memoria.

También hablamos un momento del complot. Vidal cree que en la Dirección de Seguridad están desorientados. Llamo a Casares y me dice que no hay nada en ninguna parte. Sólo han aparecido dos huelgas *raras*, una en Castellón y otra en Valencia, sin justificación visibles. Pudiera ser un síntoma.

A las diez y media, me llama Vidal por teléfono. Ha hablado con Rico, el cual le ha dicho que haciendo lo que yo indico quedaría resuelta la dificultad. Rico pide autorización para transmitirlo a América, en la seguridad de que hará efecto; pero desea también saber si no le desmentirán los hechos venideros y le harán quedar mal. Le encargo a Vidal que diga a Rico que mientras yo sea Presidente, le respondo; pero que no transmita nada como cosa mía, ni oficial. Vidal se pone muy contento.

Hay en Madrid alguien empeñado en empeorar la situación. Aznar, director del *Sol*, conoció la nota del Gobierno español la misma tarde en que se entregó. Y le contaron, atribuyendo el relato al embajador, que la entrevista de éste con Zulueta había sido muy violenta, que el embajador descargó un puñetazo sobre la mesa, y que dijo que España es un país necesitado de tutela. Todo es falso. Pero dice Aznar que estos rumores los acoge y pone en circulación algún político de mucha cuenta. ¿Es Alba? Recuerdo la insinuación de Maura acerca de Alba. Aznar y Maura viven en la misma casa y se ven con frecuencia.

Vidal tiene la impresión de que la embajada y el Gobierno norteamericanos han ido más allá de lo que la propia Compañía Telefónica esperaba y deseaba. Yo creo que se equivoca.

5 de diciembre

No he salido en todo el día. Por la mañana recibí a Zulueta. Por teléfono me había dicho que sus impresiones eran malas y que llamaba al embajador. Vino a darme cuenta de su conversación. Zulueta, después de las vacilaciones del otro día sobre si había de hablar con nuestro embajador en Washington por telégrafo o por teléfono, se decidió por el telégrafo. Cree que esta gestión en Washington ha sentado mal en la embajada de Madrid. Tenía noticias de que la nota no satisfacía, según se ve ya en la carta de acuse de recibo enviada al ministerio el sábado. Esta impresión se había acentuado, confirmando así los informes que me trajo Vidal. Le doy cuenta a Zulueta del encargo que hice a Vidal anoche, y me contesta que sus efectos se han cono-

cido, según deduce de su conversación de hoy con el embajador. Éste le ha dicho que acababa de recibir una nueva nota de su gobierno, y que por haber tenido que descifrarla, llegaba con algún retraso a la llamada de Zulueta. Que *la nota contenía errores o confusiones* de cifra, y que por eso se abstenía de presentarla. Esto es inverosímil, y tenemos motivos para creer que la nota recibida nos concedía un plazo para contestar; pero que las impresiones transmitidas anoche han decidido al embajador a no presentarla, o a demorarla. Zulueta le ha explicado que no se ha producido ningún hecho nuevo, desde la presentación del proyecto de ley, que justifique la inquietud del Gobierno americano ni sus protestas; que el Gobierno tomará en sus manos el asunto, etcétera. Parece que el embajador se ha ido más contento.

Por la tarde estoy trabajando solo en mi despacho, hasta que vienen ya de noche Casares y el director de Seguridad. Me informan de lo que se sabe del complot, que al parecer debe estallar mañana. Examinamos la situación detenidamente.

Después despacho con Masquelet, y cuando estamos en ello llega Zulueta. Trae la cara triste. Me exhibe la nota americana que ha recibido esta tarde. Es, por lo visto, la que sustituye a la que pensaban presentar esta mañana. Es muy breve, y se limita a decir que el Gobierno de Washington no ha encontrado en nuestra nota nada que altere su posición anterior. Zulueta hace muchos comentarios, le da muchas vueltas, está muy indeciso. Cuando termina le digo:

—Mire usted: la única respuesta que tiene esta nota, no es hablar, sino hacer. Puesto que el Gobierno, unánime, ha acordado conversar con la Telefónica para revisar el contrato, y así se lo dábamos a entender en la nota (aunque parece que no lo han entendido) vamos desde luego a conversar. Decíamos en la nota que el Gobierno encauzaría el asunto: pues encaucémoslo, en vez de andar tergiversando textos ambiguos. Mañana propondré al Consejo que se notifique oficialmente a la Telefónica que el Gobierno va a revisar el contrato, y que la Compañía designe las personas que han de representarla. Si el Consejo lo aprueba, se lo notificaré a la Compañía, y pasado mañana usted puede contestar al yanki que, según decíamos en nuestra primera nota, el Gobierno *ya está encauzando* el asunto hacia su solución.

—Ésa es la manera —responde Zulueta—. Me parece bien.

Aún hablamos un rato. Le anuncio lo del complot, le aconsejo que se desimpresione («¡es usted magnífico!», me replica), y se va.

Por la noche vienen Ramos y Guzmán, hasta la una y media. Me dicen que algunas gentes dicen por ahí que la reaparición de *ABC* se debe a una indicación del Presidente de la República. Nada más erróneo. El Presidente, en cuya presencia se adoptó el diez de agosto el acuerdo de suspender los periódicos, no ha vuelto a hablarme de ello ni una sola vez en los tres meses transcurridos, ni me ha dicho nada tampoco después de la reaparición de *ABC*.

6 de diciembre

Consejo de ministros. He citado más temprano, porque tenemos el mo-chuelo del proyecto de Tribunal de Garantías sin acabar. Examinamos hasta el artículo 50, despojándolo de todos los excesos que la comisión asesora había puesto en él; como lleva traza de no acabar nunca, convenimos en que mañana nos reuniremos en el Congreso Fernando, Alborno, Carner y yo, para terminarlo. Después, la Telefónica. Informo de la situación, y leo los telegramas del embajador de España en Washington, transmitiendo las noticias allí recogidas, y la nota dada a la prensa por el secretario de Estado. Resulta que este tío no se ha enterado aún de que la presentación del proyecto de ley sobre la Telefónica es de fines de 1931, muy anterior a la ley de 20 de noviembre de 1932, sobre revisión de contratos de Telecomunicaciones, y discurre como si aquella ley pudiera aprobarse mañana. (Una de las cosas que ha habido necesidad de explicar al embajador es la diferencia entre un proyecto de ley del Gobierno y un dictamen de la comisión; el embajador no sabía que en las Cortes la discusión se hace sobre dictámenes, no sobre el proyecto mismo del Gobierno; con esta ignorancia se puede vivir muy bien, pero es inexcusable cuando afecta a un país con quien se discute.)

El Consejo de ministros ha aceptado sin discusión mi punto de vista, y allí mismo se ha acordado llamar al director de la Telefónica, para comunicarle el comienzo de la reunión.

Por la tarde ha venido Rico, director de la Telefónica. Es un asturiano hablador. En su difícil situación, hace muchas protestas de adhesión a la República y al Gobierno, etcétera. Sobre esto le doy poca conversación. Le comunico lo resuelto, y dice que así se arreglará todo.

—Se arreglará —le digo— si están ustedes dispuestos a ser razonables.

Me cuenta que las declaraciones de Sánchez Román en *El Sol* han irritado al embajador, aunque el propio Sánchez Román le haya dicho lo contrario a Maura.

—Esta es una cuestión de poder —le digo a Rico—, de poder económico y político. Si yo tuviera mil millones, o quince acorazados en El Ferrol, se resolvería de otro modo.

—Aun en tal caso, no podrían ustedes dar el servicio.

—Ese problema es otro. Ya veríamos lo que se hacía. Lo importante es lo primero.

Durante la conversación, y oyendo algunas observaciones más, Rico se ha ruborizado más de una vez.

Después tratamos del complot. Rico cree que no es para esta noche, sino para la de mañana. Me refiere las precauciones adoptadas para defender las instalaciones. Hablamos de la repercusión en los cuarteles. Hay regimientos muy trabajados por los comunistas, Rico tiene buena información; uno de los conspiradores, un tal Ametlla, futuro comisario de comunicaciones si la

revolución social triunfase, está desde hace meses a sueldo de la Telefónica, y por él se saben muchas cosas. También tienen comprado a un tal Becerra, de los grupos sindicalistas de Madrid.

Cuando se va Rico, llamo a Saravia y le doy instrucciones para esta noche.

En las Cortes, Besteiro me da cuenta de una proposición incidental firmada por Botella, Balbontín, etcétera (y por unos cuantos radicales, «para autorizar la lectura») pidiendo que se declare urgente la aprobación del proyecto sobre la Telefónica, y otras cosas más. No lo han pedido en un año, y lo piden hoy, cuando saben que más daño pueden hacer. Le digo a Besteiro que el Gobierno estaba resuelto a pedir a las Cortes que se aplazara toda discusión sobre el asunto; y en vista de esta proposición, hablaré para oponerme a ella. Viene Maura a verme y me propone que se haga una «de no ha lugar a deliberar», para que pueda votarse. Así lo convenimos. Luego llamo a Martínez de Velasco y a Iranzo, representantes de dos grupos parlamentarios, y les doy la misma información que a los demás. Ambos aprueban la conducta del Gobierno. En el salón discuten el presupuesto de Marina. Cuando yo llego, se suspende la discusión, se lee la proposición de Botella y después la otra. Botella, Balbontín y algún otro escandalizan. Pronuncio un breve discurso, y sin más trámites se aprueba la proposición de «no ha lugar». Durante el comienzo de la votación, los diputados disconformes gritan e insultan al Gobierno. Balbontín nos llama traidores, y Carner se indigna, quiere salir del banco para irse sobre Balbontín, y Casares y Ramos lo sujetan. Balbontín ha increpado a la minoría radical, que se encrespa contra él. Lerroux le llama mamarracho. Dos diputados radicales van a situarse en el escaño detrás de Balbontín, y el afectado furor de este idiota cesa como por encanto. La sesión ha terminado inmediatamente.

En general, todos aprueban lo hecho por el Gobierno, menos el lastimoso don Melquíades, que juzga el caso como la «mayor monstruosidad parlamentaria» que se ha visto. Este don Melquíades fue uno de los que contribuyeron a meter a España en la tenaza donde ahora se ve. Hay que tener mucha paciencia.

En el despacho de ministros hemos estado después conversando Zulueta, Carner, Casares, Ramos, Galarza y algún otro. Carner estaba furioso por el insulto de Balbontín. Paseaba su procerosa humanidad por el despacho, y con su ingenuidad de niño, exclamaba: «¡Bueno! ¡Que un mequetrefe me llame a mí traidor, porque se ve amparado en el salón, cuando no se atrevería a decírmelo cara a cara! ¡Bueno! De un bofetón le hago rodar. Cuando estaba yo en el colegio de escolapios, le di un bofetón al hermano del obispo de Ávila, ¡y durante treinta años se ha estado hablando del bofetón de Carner a Pla!». Nos reíamos mucho de la indignación de don Jaime.

Por la noche hemos velado hasta cerca de las tres. No ha ocurrido nada. Aquí vinieron a las diez el general de la división y el de la primera brigada, y les di las instrucciones pertinentes. Han estado Ramos, Guzmán y Cipriano;

el gabinete militar y los ayudantes. Desde la Telefónica cunde la alarma por toda España; la Compañía está asustada, y Casares les ha llamado severamente la atención. No ocurre nada. Me voy a acostar.

7 de diciembre

Visitas. Viene Zulueta a consultarme la respuesta que damos hoy al embajador de los Estados Unidos. Está bien.

Royo Gómez, diputado de Acción Republicana, me trae el proyecto de declaración de la Federación de Izquierdas; lo ha redactado Galarza, y es un mediano galimatías.

Por la tarde me reúno en el despacho del Congreso con Albornoz, Carner y Ríos y terminamos el examen y arreglo del proyecto de Tribunal de Garantías. La reunión ha durado cinco horas. Hemos rehecho el proyecto, quitándole todo lo que nos ha parecido disparatado y peligroso, obra de la comisión asesora. Con este motivo no he aparecido por el salón de sesiones. Me cuentan que dos diputados, uno de ellos el general Fanjul, se han pegado.

En la reunión me ha dicho Fernando que esta mañana el grupo socialista ha estado discutiendo el proyecto de presupuesto de Guerra.

—Ha sido una cosa difícil —dice Fernando, poniendo la cara triste—. Pero, en fin, se ha acordado votar el presupuesto.

—¿Y qué razones han tenido para tomar ese acuerdo? —le pregunto.

—Razones políticas.

(Ya supongo que no serán razones religiosas.)

Por lo que me ha dicho Fernando y lo que me han contado después, resulta que hay una parte del grupo que se oponía a votar el presupuesto, que trae quince millones de aumento. Lo más notable es que Besteiro, Presidente de las Cortes, ha combatido el presupuesto; y lo ha defendido con calor Prieto, y también Teodomiro Menéndez. Han votado por la aprobación, cuarenta y tantos, y en contra, siete. Besteiro se ha abstenido de votar. Menéndez le ha dicho algunas cosas duras a Besteiro.

A Fernando le digo que a mí lo mismo me da; que no se violenten y que voten en contra si quieren; ellos verán lo que hacen.

He vuelto al ministerio poco antes de las diez. Aquí estaban Ramos y Bolívar. Ramos me cuenta las intrigas que se forman con motivo de la Federación de Izquierdas. En los radicales-socialistas hay un grupo, dirigido por Gordón, que se opone a la Federación; es el grupo albarnocista. Parece que pretenden hacer presidente de la Federación a Albornoz, que tiene sus miras para el porvenir.

También me dicen que los radicales-socialistas van a reunirse para examinar el alcance de la declaración que hice ayer en las Cortes. Pretenden algunos que lo dicho por mí significa que el Gobierno resolverá sin las Cortes

la cuestión con los Estados Unidos, pero que la cuestión directa con la Telefónica irá íntegramente al Parlamento, el cual no podría limitarse a aprobar o a desaprobar lo ya resuelto por el Gobierno. En una reunión anterior, parece que el grupo dio a sus dos ministros el encargo de mantener en el Consejo un criterio más intransigente con los Estados Unidos, y que si no prevalecía ese criterio, dimitiesen. Pero ninguno de los dos ministros ha dado cuenta al Consejo de tal encargo. Y el diputado radical-socialista (Galarza) que hablaba hoy con Ramos de la próxima reunión del grupo se ha quedado muy anodado al saber que sus dos correligionarios no han dicho nada del caso a los demás ministros. La razón de todo esto viene de la falta de carácter y de autoridad de Albornoz y Domingo, que son juguetes de su grupo, y en el Consejo de ministros no disienten, ni se atreven a representar el papel que les encomiendan. En uno de los últimos consejos, y antes de comenzar la sesión, Zulueta me dijo muy preocupado algo de lo que ocurría entre los radicales-socialistas. Yo le dije que no hiciese caso. Un momento después se me acercó Domingo, con Zulueta, y hablamos aparte los tres. Domingo me dijo que Albornoz les había pintado el asunto a sus amigos con mucha exageración y de ahí venían ciertas inclinaciones a la intransigencia; que él había hablado con los intransigentes y les había dicho que si tenían gana de crisis, la habría, pero que por el asunto de la Telefónica sería absurdo plantearla. Esto es todo lo que me han hablado sobre el particular.

A media noche han venido Gumersindo Rico y Antonio Vidal. Como resumen de las informaciones recogidas en la Telefónica, creen que hay un acuerdo entre monárquicos y extremistas de la izquierda. Que los grandes de España han dado tres millones. Que echarán por delante a los «rojos», haciendo huelgas y atentados, y cuando la fuerza pública esté fatigada por algunos días de desorden, lanzarán otros elementos a la lucha, principalmente militares.

También me dice Rico que la nota enviada hoy les ha parecido en la embajada muy seca y tajante. Me consulta si parecería bien al Gobierno que como delegado de la Telefónica para discutir la revisión figurase el coronel Bent. Quedo en contestarle.

Ha venido también Casares. Acaban de saber en la Dirección de Seguridad, por un confidente, que mañana se producirán alborotos en la Universidad, y al calor de ellos, unas hordas intentarán quemar los conventos. El confidente es el mismo que el año pasado avisó a Maura de la proyectada quema.

—¿Usted no sabía que a Maura le avisaron con cuarenta y ocho horas de anticipación, y que él no hizo caso?

—No lo sabía.

Se fue Casares y he estado con Ramos, Guzmán y Cipriano de conversación hasta las dos. No pasa nada, y me voy a acostar.